Domingo 21 de Abril de 1878 BUENOS AIRES Año XV. — 798

NÚMERO SUELTO
3 $ m/c

Las personas que viven fuera de Buenos Aires en puntos que no tienen agentes de nuestro periódico pueden recibirlo mandando *adelantado* á esta Administracion la cantidad de fuertes 1.80 en sellos postales, precio de una suscricion por tres meses.

La Administracion.

ADMINISTRACION
TUCUMAN 143 (altos)

EL MOSQUITO

PERIODICO SEMANAL
INDEPENDIENTE, SATIRICO, BURLESCO Y DE CARICATURAS

Director propietario: ENRIQUE STEIN

SUSCRICION MENSUAL
En Buenos Aires. 12 $ m/c

En la Campaña *(trimestre adelantado)*........ 45 $ m/c
En las Provincias id. id........ 1 80 « ft.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRICION y VENTA
Administracion del
COURRIER DE LA PLATA
202, calle San Martin, 202

Abrigarse bien

He conocido á un cirujano militar, buen hombre en el fondo pero de una distraccion constante y que hacia mucho daño á sus conocimientos.

Ese facultativo, muy amigo del calor, recomendaba siempre á sus enfermos cualquiera que fuera la afeccion que los aquejara de taparse bien.

—Manténgase bien abrigado, decia, eso es todo.

Una vez, de noche, un soldado vá á llamar á la puerta de su tienda

El cirujano dormido se despierta á medias, abre un ojo y pregunta:

—Qué hay? quién es?

—Soy yo, señor Mayor, Morlan de la cuarta compañia.

—Y qué quieres de mi?

—Acabo de ser picado por una víbora.

—Abrigate bien! dijo el cirujano dándose vuelta en su catre de campaña y volviendo á tomar el sueño interrumpido.

El gobierno nacional me recuerda á ese cirujano.

Hay revoluciones tremendas en las provincias, sérios disturbios en el interior; chasques llegan á toda prisa, telégramas alarmantes se suceden y á todo eso el gobierno nacional contesta con una calma angelical y en tono paterno:

—Mas moderacion, muchachos! mas moderacion! y vuelve á tomar la tarea interrumpida que consiste en hablar de negocios de Estado y otros.

Me parece ver llegar en medio de esos conciliábulos, en donde para hacer diversion á la política se habla un poco de asuntos mundanos de la última aventura de la señora de A., de la jugada que ha hecho al doctor P. la impura pero magnifica P., me parece ver llegar un telégrama anunciando los disturbios de Santa-Fé.

—Excelencia, un telégrama de Santa-Fé.

—¿Sí, y qué dice?

—Dice que el motin ha estallado.

—De veras? no lo extraño, y qué ha pasado?

—Quisieron asesinar á Iriondo y á Bayo; querian hacer un degüello de los amigos, pero los vecinos han subido á las azoteas, han matado á veinte personas, herido á cien y derrotado los revolucionarios.

—Ah! qué gente! ¿y ahora está concluido?

—Sí señor, estan persiguiendo á los fugitivos.

—Entonces todo vá bien ya que la jarana está concluida no hay mas que ocuparse de ello. Sin embargo hay que telegrafiarles de mi parte que tengan mas juicio, y que si continúan á jugar así concluirán por lastimarse.

—V.E. lo crée?

—Oh! se lastimarán, no hay la menor duda!... ¿Qué decia, don Diego? Con qué la muchacha...

Este método de tomar así las cosas con buen modo y sin alboroto tiene sus ventajas en ciertas circunstancias; la calma es muchas veces un acierto: por lo regular al dejar las cosas delinearse bien, al esperar que hayan tenido un cierto desarrollo, sucede que se arreglan de por sí y que cuando se piensa en tomar alguna medida, llega la noticia que la revolucion está concluida, que las cosas se han compuesto solitas y que la provincia revolucionaria marcha otra vez como en rueditas.

Es verdad que eso cuesta á veces alguna efusion de sangre, pero todos sabemos que no se hacen tortillas sin romper huevos.

El inconveniente es que no siempre las cosas terminan con la misma rapidez.

Hay provincias mas porfiadas unas que otras y en las cuales la lucha se prolonga, *de gusto no mas*, Corrientes, por ejemplo.

Cuando la eleccion de Derqui dió lugar á protestaciones en Goya y en la Esquina, el gobierno hizo la contestacion de siempre: — ¿Sí, eh? dígales de mi parte que hacen mal, que se queden quietos, que es mejor; que si se divierten á pelear así, á uno ú otro le ha de doler.

La cosa no se arregló por sí sola, como de costumbre y el gobierno mandó á dos médicos para curar las llagas de la Provincia lastimada por sus propios hijos.

Pero los dos médicos no se entendian y practicaban métodos diferentes; uno queria emplear el agua fria para la curacion de la enferma; el otro era partidario de los paños calientes.

El mas filósofo se retiró dejando é su cólega en apuros.

Este se quedó allí practicando la cura por medios lenitivos y electuarios que á veces parecian deber dar buenos resultados; hasta una vez escribió que habia purgado todos los humores, pero hé aqui que estos se internaron otra vez y fueron reabsorbidos.

El médico pedia ayuda, queria un cirujano para ayudarlo, pero un cirujano benigno, un muchacho de paz y de tranquilidad que no fuera demasiado atrevido.

Qué hace el gobierno entonces? declara la intervencion y manda á su doctor ministro un barberito bastante diestro y que ha hecho sus pruebas de habilidad, pero incapaz de apartarse de la consigna recibida y de emprender nada sin haber tomado la anuencia del doctor á quien vá recomendado.

Pero el cirujano no despliega su bandera, no saca ni un bisturí y se contenta con apretar un poco el carbúnculo.

Sin embargo, la llaga no se cura, se agranda por el contrario, es preciso no dejar al enfermo en manos de los facultativos que no lo tratan bastante enérgicamente, es un cirujano que se necesita, y no un cirujano tímido y poco audaz, sinó un individuo que sea capaz de trinchar en la carne viva para separar la muerta.

Y saben quién mandan?

Un médico de la misma clase que los demás, un apóstol del agua caliente, de las lavativas y de los baños emolientes; un individuo por el estilo del cirujano militar de quien hablaba al principiar este artículo y que decia á los soldados que se quejaban de haber recibido un balazo en el vientre:

—Abríguense bien.

Y efectivamente Gutierrez recetó un sinapisma.

Plaza una cataplasma.

Arias un cáustico inofensivo.

Y ahora Quintana acepta la mision de inyectar una lavativa.

Hay quien dice que una artillería menos hidráulica y de mayor calibre seria mas eficaz.

Cuestion de apreciaciones

GUERRICO.—Señores, se trata para nosotros de una cuestion de dignidad. La Comision de Pesquizas de la Legislatura, insiste en que le entreguemos el trabajo que hemos principiado; es decir, que despues que hemos tenido, á lo menos yo, la iniciativa de las averiguaciones, hay que entregar el trabajo hecho á otros que lo aprovecharán para hacerse de él un mérito.

PERISENA.—Si es una cuestion de dignidad dejo á la apreciacion de la Honorable Corporacion el cuidado de saber lo que conviene hacer. Pero si no se trata mas que de la prerogativa de desmenuzar la contabilidad, pedir estados comparativos y puntear libros de caja, yo declaro que no tengo el menor empeño para entregarme á esos trabajos que siempre he mirado con horror.

GUERRICO.—Bien lo prueba la falta de vigilancia y control que ha precipitado esta administracion en el mas escandaloso despilfarro.

PERISENA.—Señor vocal, modere sus palabras.

GUERRICO.—Demasiado moderadas son.

CRISOL.—Señores, no llevemos el antagonismo en nuestro seno; confieso que yo soy tan culpable como Perisena, no me gustan los guarismos, sin embargo, si yo hubiera sospechado lo que pasaba hubiera por lo menos provocado una inspeccion.

GUERRICO.—Yo la provoqué.

PERISENA.—Tarde.

GUERRICO.—Señor.

CRISOL.—Orden y calma, señores! Paz sobre todo, que es lo que necesitamos ahora, para combatir el enemigo comun. Decia, pues, que yo por mi parte soy tan culpable como Perisena.

VILLERGAS.—Y yo tambien.

GUERRICO.—V. mas, porque en su calidad de Contador, debia ser mas desconfiado que los demás.

PERISENA.—Yo creo que haríamos bien en poner llano y sencillamente en manos de la Comision de la Legislatura los documentos que nos pide y dejar que se instale aquí a desembrollar la inextricable red de todos los embrollos

GUERRICO.—Si no se tratara mas que de dejarles hacer su verificacion, no seria nada, pero trátase de otra cosa, vea V. como nos tratan y en que tono nos hablan, parece que somos nosotros los despilfarradores, segun ellos. No tengo tanto apego á la prerogativa de esa averiguacion pero no quiero que vengan á decirnos: — Salgan de aquí, administradores ruinosos, édilos ineptos, fautores de robo por falta de vigilancia! Vdes. no sirven para nada, déjense de hurgar en los libros viejos de sus administrados, que no han abierto nunca cuando hubiera sido de alguna utilidad, son sus cuentas propias como las de sus empleados que vamos á verificar.»

Eso no quiero que me lo digan, yo, porque no tengo cola de paja.

CRISOL.—Ni yo!

VILLERGAS.—Eso es un insulto.

CRISOL.—Nos invitan á comparecer ante ellos como si fuéramos subalternos.

GUERRICO.—No nos invitan, sino que nos intiman la órden de comparecer, fíjense en la nota.

VILLERGAS.—Es verdad.

CRISOL.—Sí, sí.

PERISENA.—Señores, Vdes., se exaltan mucho, su lenguaje es el de descontentos, de insurrectos, permítanme retirarme, no puedo entrar en los planes de resistencia que complotan. (*Sale Perisena.*)

GUERRICO.—Es un gallina, este infeliz; á nosotros, señores, que dicen Vdes., de la intimacion que se nos hace de comparecer ante los miembros de la Comision.

VILLERGAS.—Yo digo.... no digo nada.... pero pienso mucho.

CRISOL.—Y V., Guerrico, qué dice?

GUERRICO.—Yo digo que no voy.

VILLERGAS.—V. se va á negar, Guerrico!

GUERRICO.—Formalmente.

VILLERGAS.—En ese caso seremos dos.

CRISOL.—Seremos tres, señores, yo estoy con ustedes.

GUIRRICO.—Escribamos una nota a la Comision diciéndole que daremos por escrito y en cambio de notas los documentos que exijan, pero que en cuanto á comparecer ante ella nos negamos redondamente.

VILLEGAS.—Está conforme, esa especie de resistencia me remueve la sangre, me hace bien, me recuerda la época de la fogosa juventud y los nobles entusiasmos de la adolescencia! (*Se restrega las manos paseando al paso militar y tarareando una marcha guerrera) brum! brr! tra! tradera tralala trrra!*

Crisol animándose tambien mientras Guerrico redacta la nota y poniéndose á caminar á compas al lado de Villergas: Ran! Ramplaplan, plaplam! rrran! yo tambien, en mis tiempos!...

GUERRICO.—Ya está señores, lean y firmen.

VILLERGAS.—(*Siempre tarareando con entusiasmo*).—Tradera! tratralalá!... Ahí está, ya firme.

CRISOL.—(*Imitando con la boca el ruido del tambor*).—Ran! raran! rataplan! Yo tambien he firmado.

GUERRICO.—Portero.

EL PORTERO.—Señor.

GUERRICO.—Lleva esta nota á aquellos sin vergüenza.

EL PORTERO.—Cuáles sin vergüenza, mi señor.

GUERRICO.—Aquellos pilletes de lo Comision de Legislatura.

EL PORTERO.—Bien, señor.

GUERRICO.—Señores, lo que acabamos de hacer tiene un gran alcance, con eso hemos de adquirir un inmenso triunfo moral. Envueltos en nuestra dignidad vamos á parecer mas grandes á los ojos del mundo y comparados á aquellos senadores romanos sentados en sus tronos curulos, resistiendo á las pretensiones de los cónsules y de los emperadores. Los Diputados en su orgia de poder, en la embriaguez de potencia en la cual se revuelcan, van á ver aparecer ante sus ojos nuestros tres nombres austeros.

CRISOL.—Bravo! Bravo!

VILLERGAS.—Qué bien habla, ese demonio de Manuelito!

GUERRICO.—Sí, señores! estos tres nombres leidos de repente en ese recinto en donde se reunen ébrios de orgullo nuestros encarnizados enemigos, esos tres nombres van á ser para ellos un espantajo, como lo fué para Balthazar el tremendo *Mane Tecel Fares* de Fertin.

EL PORTERO (*asomando la cabeza*) ¿Se puede entrar?

GUERRICO—Entra. ¿Entregaste?

EL PORTERO—Entregué.

GUERRICO—Y qué hicieron? se quedaron abobados? pasmados? aplastados por el golpe al leer la carta?

EL PORTERO—No señor, uno de ellos leyó la nota y la pasó á dos ó tres mas, que se rieron, y uno de ellos hizo una contestacion que todos firmaron.

GUERRICO—Y la tienes esa contestacion?

EL PORTERO—Ahí está.

GUERRICO—Dámela y vete. (*Se pone á leer la carta y al terminar se pone pálido y trémulo*). No es posible! Habrá leido mal.

VILLERGAS (*tomandole la carta de las manos*). Qué veo! qué es eso? Estoy loco?

CRISOL—Pero qué dicen?

GUERRICO—Dicen que si no vamos nos harán ir á la fuerza, empleando los medios mas enérgicos.

VILLERGAS—Los vigilantes.

GUERRICO—Naturalmente.

VILLERGAS—Ah, diablos! eso es otra cosa! No quiero yo atravesar las calles de Buenos Aires entre dos policianos, eso sí que nó!

CRISOL—Ni yo tampoco.

GUERRICO—¿Cómo, señores? Qué se ha hecho su energía de hace un rato? Esa amenaza pone el sello á nuestra gloria! Ojalá la pongan en práctica! Pasamos al estado de mártires de las venganzas mezquinas y de los celos de una corporacion celoso de nuestras prerogativas; ¡somos mártires, señores! somos mártires! Ojalá vengan y me lleven allá, rodeado de esbirros, con la cadena de fierro al pescuezo, las esposas en las manos y una barra de grillos á los piés.

CRISOL—Demonio! dejémonos de bromas, á mi nada de eso me conviene, no sueño la palma del martirio yo.

VILLERGAS—Yo he leido en varias novelas lo que es la paja húmeda en los calabozos, y no tengo ninguna gana de conocerla prácticamente.

GUERRICO—¿Y qué piensan hacer?

CRISOL—Rendirnos á los deseos de la Comision.

GUERRICO—Es que aqui no hay deseos expresados sinó órdenes intimadas.

VILLERGAS—Pues bien, obedecer á las órdenes de la Comision.

GUERRICO—Pero es una cobardia.

VILLERGAS—Ah! bah!

CRISOL—Cuestion de apreciaciones.

GUERRICO—Pero nos deshonramos!

VILLERGAS—Oh! la palabra es dura, hay deshonras que honran.

CRISOL—Hay circunstancias en la vida en donde es bello saber soportar dignamente el deshonor.

GUERRICO—(*Se queda un momento con la boca abierta*).... Será posible que vds. me dejen resistir solo!

CRISOL—Estoy decidido á pasar por esa humillacion.

VILLERGAS—Yo encargo á las generaciones futuras el cuidado de mi rehabilitacion.

GUERRICO—Ah collones! liebres! cobardes! vds. me dejan solo en apuros, porque solo saben que no puedo resistir.

CRISOL—Por qué no?

GUERRICO—Porque una resistencia sole no produciria efecto y no tendria nada de solidario con la corporacion.

VILLERGAS—Entonces vendrá con nosotros mañana á saludar á esa Comision?

GUERRICO—Necesarirmente ya que vds. no quieren que hagamos de otro modo. Yo sacrifico mis convicciones á las conveniencias; lo siento, pero solo no puedo hacer de otro modo.

CRISOL—No le digo, compañero? Hay circunstancias en la vida en que es honorable saber soportar dignamente el deshonor.

De cómo el pobre Raul se engañó á si mismo

Esta es una historia y no un cuento moral, aunque una buena moraleja puede sacarse de su relacion.

Dicen unos que todas las verdades no son buenas para ser dichas.

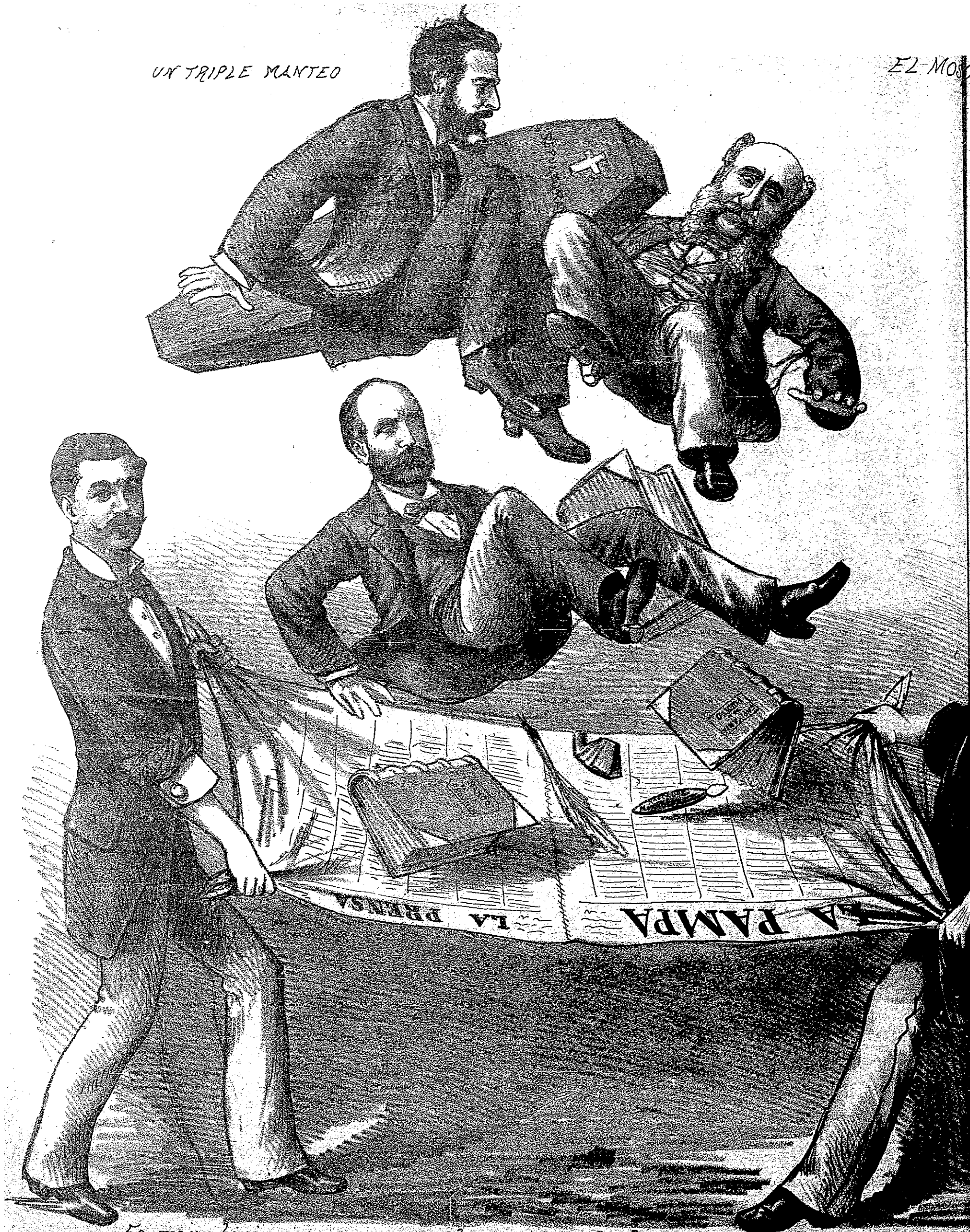
Otros pretenden, entre otros Boileau, hombre muy fuerte en pretensiones, que no hay nada bello sinó lo verdadero y que lo verdadero solo es amable.

Y dicho esto, voy á contar un episodio de la vida del amigo Raul, tal cual me lo contó á mi, haciendo solo una exposicion sumaria del personaje antes de llevarlo á la accion.

Raul era un hombre de inteligencia y de ideas progresistas, pero muy escaso de sentido moral y de un temperamento seco, que no lo ponia en peligro de morir de una hinchazon de corazon.

Era un hombre todo de instinto y que era bueno cuando cedia á su primer movimiento, pero desgraciadamente, sabia de memoria el refran atribuido á todos los diplomáticos desde Maquiavelo

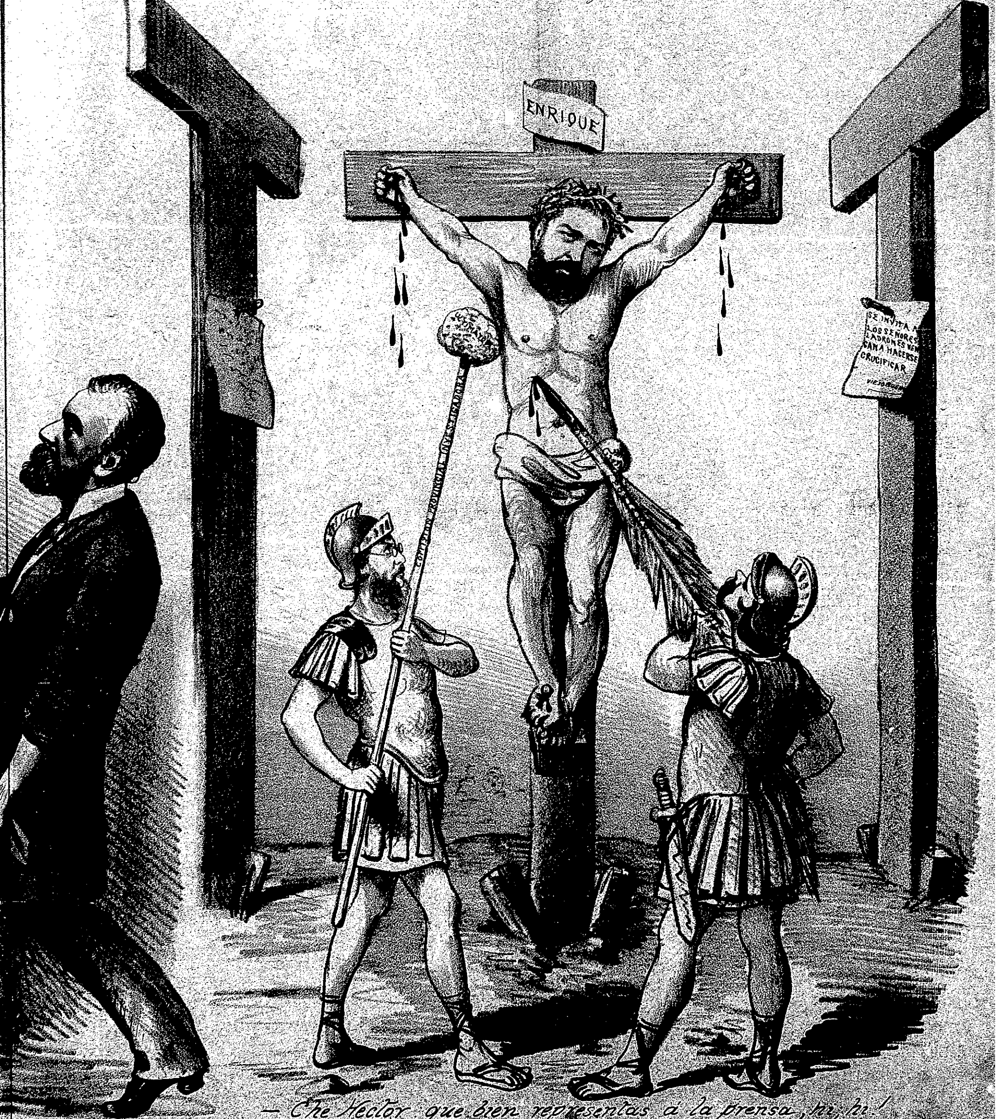
UN TRIPLE MANTEO



Es muy hijienico un poco de ejercicio de tiempo en tiempo.

NO PARA TODOS ES DIA DE PASCUA

osea: La justicia de Dios o la virtud castigada y el vicio recompensado.



— Che Hector que bien representas á la prensa, hi, hi!
— Y vos, Luis, á la Legislatura, oh, oh!

hasta Bismarck, pasando por Talleyrand: «No cedas nunca á tu primer movimiento, porque es bueno».

Raul cedió algunas veces á su primer movimiento; el refran diplomático lo salvaba lo mas á menudo de los imprudentes arrastramientos.

Emprendedor como ninguno en virtud de su triple cualidad de progresista, de egoista y de alocado, Raul se puso en camisa de once varas y se largó á empresas grandiosas que debian reportar un inmenso beneficio al pais y darle á él y á sus accionistas fortunas deslumbradoras.

Solo los que le han oido explicar sus negocios, con su palabra incisiva y entusiasta, pueden comprender el efecto que producia en su auditorio y el mareo que producian sus incoherentes pero penetrantes discursos.

Una vez, una de sus ideas estuvo á punto de tener buen éxito, y lo tuvo en parte merced á la paciente aplicacion y á la incansable dedicacion al estudio y al trabajo de un compañero con quien habia concebido el negocio.

Faltaban algunas acciones para llevar á cabo la idea.

Raul tenia entonces por querida á una mujer liviana, coqueta, que lo habia amado por capricho, pero que despues se habia dedicado á él como una madre á un hijo. El amor de esa hija de Eva se parecia en algo al de Mme de Warrens por Juan Jacobo Rousseau; esa mujer era susceptible de fidelidad y de dedicacion, pero no de constancia.

Cuando oyó á Raul contar que perecia en el puerto, que se ahogaba en una palangana despues de haber cruzado el mar, que tropezaba en un carozo de durazno despues de haber escalado rocas y montañas en persecucion del bellon de oro; cuando lo vió llorar de rábia y amenazar el cielo como Ayax, morder sus cadenas como Prometeo y maldecir á los ignorantes y á los incrédulos como Galileo, esa mujer con su afeccion á la vez libidinosa y materna, se sintió conmovida y preguntó á su querido:

— Cuánto te falta para ser feliz?

— Di, para hacer feliz al país entero, y á mí, y á tí, y á todos mis amigos y á los que han creido en mi palabra.

— Todos los demás me importan poco, ¿cuánto te falta á ti para realizar tu sueño?

— Veinte mil duros.

— Yo los tengo; te los ofrezco.

— Pero....

— Están prontos.

— Jamás! No puedo!... mi honor se opone....Y sin embargo, ¡qué triunfo! ¡qué gloria! ¡qué fortuna!

— Tómalos; si haces fortuna me los devolverás.

— ¿Y si, contra toda probabilidad, contra el cielo y la tierra, contra todo, esa plata se pierde? ¿Si me rompo la cabeza ahora al salir rodando por la escalera?

— Serán veinte mil duros perdidos.

— Y te quedarás sin nada?

— Sin nada absolutamente, pero no importa.

— No puedo aceptar eso de tí.

— Porque no comprendes lo que es amar, el amor verdadero encuentra goces en los sacrificios hechos y en los aceptados. Si tú fueras rico y me ofrecieras tus tesoros, los aceptaria con el único fin de ne contrariarte.

— Oh! mujer sublime! acepto tu generosa oferta y sabré probarte que soy digno de ella.

Algunos dias despues, Raul, poseedor de veinte mil patacones, podia seguir su obra.

Esta vez siguió á su primer movimiento, que fué de casarse con su querida.

Sus amigos se quedaron pasmados de admiracion al anuncio de esa nueva locura; la cosa era asombrosa, tremenda, ilógica.

—¡Cómo! ¿Raul se casa con su querida? Con aquella mujer que antes y despues de estar con él ha coqueteado con medio mundo? Con aquella mujer que lo ha ridiculizado cien veces y ha vuelto siempre á él confesándole sus desvíos pero declarándole que á pesar de todo tiene que volver á su lado como el hijo pródigo al hogar paterno? Parece mentira!

— Pero es realidad.

La esposa de Raul no parecia muy encantada de su nuevo estado; habia aceptado con bastante frialdad la compensacion que este le habia expontáneamente brindado; esa union que habia sido para Raul un sacrificio heróico, habia sido aceptada por ella sin entusiasmo, y como habia dicho en otra circunstancia, por no contrariar al supuesto bienhechor.

Los veinte mil patacones duraron lo que viven las rosas, el espacio de una mañana; la gran empresa tropezó otra vez con un carozo de durazno, y Raul fué muy feliz en encontrar un destino que le diera el pan de cada dia para él y *su mujer*.

Esta no habia exhalado una queja al ver que su plata se iba fundiendo; era una de esas naturalezas que lo preveen todo y que no se acuerdan de un sacrificio una vez consumado.

Siempre queria á Raul con el mismo cariño protector y algo burlon, de vez en cuando interrumpido por arranques de expansion.

Pero eso no impedia de ningun modo sus fantasías, y Raul, siempre soñador, siempre preocupado y por su parte bastante caprichoso tambien, era el único que ignoraba las fantásticas é intermitentes escapadas de su legitima compañera.

Sin embargo, una vez tuvo ciertas sospechas; un intimo amigo suyo llamado Cárlos y que venia todas las noches despues de comer, á tomar café y fumar un cigárro con él, le pareció mas asiduo de lo que justifica una simple amistad, á veces despues del café dejaba salir á Raul solo y se quedaba acompañando á la señora.

Dos veces, Raul, volviendo inopinadamente de sus quehaceres, entre el dia, habia encontrado á Cárlos en su casa.

Por mas distraido y liviano que fuera Raul no era lo que se llama un imbécil y cuando el sol le alumbraba, veia claro, como todo hijo de vecino.

Se puso á vigilar, pero sin mucha asiduidad á su amigo Cárlos y adquirió la conviccion de que subia á su casa de noche muchas veces, á la hora en que él, Raul, solia ir á casa de cierta madamita que tenia bondades para él, pues es preciso decir, que su fidelidad corria pares con la de su esposa.

Una noche que Cárlos habia como de costumbre tomado café con su amigo Raul, éste dijo:

— Me voy á dar un vuelta, á las diez y media estaré de vuelta.

— Espèrame, le dijo Cárlos, tambien yo tengo que hacer, te acompaño hasta la esquina.

Y Raul creyó notar que al decir eso Cárlos, dirijia una guiñada picarezca á su esposa y que ésta se mordia los lábios como para disimular una gana de reir.

Esta vez Raul sintió el aguijon de los celos.

— Traidores! pensó, se figuran que no veo sus ojeridas, pero voy á disimular toda sospecha; dentro de una hora voy á sorprenderlos y entonces!... ah!... entonces, mi venganza será tremenda; van á pasarse aquí cosas terribles, á ver ¿qué haré?... no lo sé todavia; las circunstancias me inspirarán; mientras tanto, marchèmonos.

Raul y Cárlos salieron juntos y en la esquina éste al despedirse dijo á Raul:

— Hasta mañana.

— O hasta luego, dijo Raul.

— No es probable que nos volvamos á ver esta noche.

— Quién sabe!

Media hora despues Raul, con el cuello de su sobretodo levantado y su sombrero calado hasta los ojos se paseaba por la vereda en frente de su casa.

Esperaba para ver si su amigo Cárlos vendria á la cita que habia dado legráficamente á su esposa.

Un largo rato se pasó y Raul no vió venir á nadie. Al cabo de una hora se golpeó la cabeza con aquel movimiento natural á todos los hombres en su situacion y murmuró:

— Bruto! Animal que soy! Estaba ya arriba antes que yo volviera y mientras yo estoy aquí paseándome y aguantando el frio, ellos están allá, arriba, cerca de la estufa encendida, cambiando palabras de amor y adúlteras caricias! Oh furor! corramos! pulvericemos esos insectos dañinos! aplastemos á esas serpientes recalentadas en mi seno. ¿Con qué les voy á matar? no tengo. ¿Con puñal? No tengo mas que mi cortapluma y seria insuficiente. Los desgarraré con mis propias manos; eso es! Corramos.

Raul subió despacito la escalera de su casa. Llegado en el plano de la escalera se detuvo y puso la mano en su corazon que latia vigorosamente, la emocion lo ahogaba; allí habia un cuartito que habia sido ocupado por un jóven que le servia de secretario en la famusa obra de la empresa que debia enriquecer á Raul; ese mozo estaba por el momento en Montevideo. Raul se escondió en esa pieza que estaba solamente cerrada con pestillo para poner órden en sus ideas y tomar una resolucion.

Pero apenas habia entrado que oyó una llamada discreta asi:

— Psst! psst!

Se dirijió hácia el punto de donde partia la señal y tropezó contra la cama del secretario, lo que le hizo caer hácia adelante con las manos apoyadas en la misma cama, pero en esa cama habia una persona, y esa persona era su mujer, como lo conoció bien pronto á la voz cuando ella le dijo en voz baja, te esperaba.

Y al mismo tiempo sintió dos brazos desnudos que lo asian del pescuezo y lo atraian.

Loco de contento al ver que su esposa en lugar de serle infiel lo habia esperado en ese discreto reducto, y mudo de satisfaccion Raul encontró en ese *tête-à-tête* todo el fuego de sus primeros años de virilidad fué tierno cariñoso, apasionado como nunca!

¡Era tan feliz al saber que lo que habia temido no sucedia!

Y á mas la oscuridad, el sitio inesperado y tan discretamente escojido daban á la aventura un aire de misterio y un sabor á fruta prohibida que encantaba á Raul.

— Esperimento la misma emocion, pensaba en sí mismo, como si en lugar de estar con mi mujer fuera la de otro y como si en lugar de gozar de mi propio bien engañara á un pobre marido.

Despues de un vivísimo arranque de pasion Raul y su esposa que se habian sentado al lado uno de otro encima de la cama se apretaban cariñosamente las manos como para prolongar el recuerdo de su felicidad.

De repente la mujer dijo entre dos suspiros:

— Ah! Cárlos mio! qué amable y qué apasionado eres! no es mi calmoso y resfriado esposo que podria tener tanta expansion!

Entonces Raul comprendió lo que habia pasado y la confusion de que habia sido objeto.

....

Pocos años despues, en una conversacion poco ortodoxa, entre hombres y en donde se trataba de maridos y mujeres infieles, Raul que no era nada discreto en sus propias aventuras y que sin duda habrá contado ya á alguna persona el hecho que hemos referido dijo:

— Pues, señores, yo apuesto á que Vds. no se han hallado en la posicion de un individuo que podria citar: Conozco á un hombre que se lasha pegado á si mismo, puesto que su mujer lo tomaba por otro.

—Nosotros tambien, lo conocemos! exclamaron todos riendo.

PICOTONES

En Lóndres se ha fundado una Academia de Bellas Artes puramente femenina y en donde no se admiten sinó mujeres. Esa sociedad es presidida por una hija de la reina.

No hay mas que en Inglaterra en que las mujeres tienen ciertas tendencias á separarse en todo de los hombres. En los demás países es lo contrario, las mujeres buscan de agruparse con los hombres. Las mujeres invaden las escuelas de pintura, de escultura, de medicina, etc., y se mezclan con los estudiantes.

Solo en Inglaterra forman academias y cursos científicos especiales para la gente de pollera.

Se me dirá que en otros países, en la América del Norte, en Francia, las mujeres han hecho meetings para reclamar su independencia; pero en eso hará observar que la independencia no es la separacion; los apóstoles de la independencia de la mujer no piden la separacion sinó la dominacion.

Hoy un espectáculo desgarrador llamaba la atencion de los transeuntes que llenaban el Paseo de Julio.

Se oian unos lámentos, unos suspiros, unos sollozos los mas conmovedores, una infinidad de mujeres lloraban á lágrima viva; una muchedumbre de hombres sin embargo al parecer poco débiles, no podian contener las lágrimas que caian de sus ojos y surcaban sus enérgicas caras tostadas del sol y rodaban en cascadas por sus barbas castañas.

Algunos caballeros de traje mas cuidado, de maneras cultas, acompañadas de sus señoras, concentraban mas su dolor y hacian con las manos señas de dolorosa despedida, mientras sus esposas mudas de emocion hacian el adios con el pañuelo.

Eran los franceses que iban locos de dolor y de desesperacion á despedirse de su Ministro Residente que regresa á Francia!....

Noches pasadas en un café se leia el admirable discurso pronunciado en las cortes españolas por el célebre orador Castelar.

En medio de la lectura, un robusto obrero que escuchaba hasta entonces religiosamente, interrumpió al lector pegando un tremendo puñetazo en la mesa que hizo saltar vasos y platos, y exclamó:

— *Boto á Deu!* este español merecia ser *catalá*.

Se escribe de Paris que todos los sud americanos que llegan á Paris so protexto de visitar la Exposicion de la Industria, se apresuran mucho mas á informarse de los pequeños teatros de género y de las artistas que allá obtienen mejor éxito, que de las maravillas que se preparan.

Se cuenta que un delegado de la Comision Parisiense al recibir la visita de un comisionado sud americano, quiso cumplimentarlo sobre los productos de su tierra.

— Señor, le dijo, he asistido á la apertura de los bultos y cajones de los artículos de su tierra, y le aseguro que me he quedado admirado....

— Yo no los he visto aun.... ¿Dígame, señor, en dónde está situado el teatro de las Folies Parisiennes?

— No sé, señor, frecuento poco los pequeños teatros. Decia pues, que nuestros capitalistas europeos van á hallar en los productos de su país una nueva fuente....

— Dispense vd., señor, ¿recibe vd. el periódico *L'Entracte?*

— No señor, ni lo conozco; decia pues, que sus prod....

— ¿Pero se vende en los kioskos?

— No sé!... probablemente. Decia pues....

— Permítame; temo llegar tarde para retener un palco para esta noche para la representacion de *Babiole*; dispénseme, nos veremos mañana.

De todo eso deduzco, que las señoras porteñas que dejan ir sus maridos á la Exposicion de Paris, son muy imprudentes!... muy imprudentes! A no ser sin embargo que hallen compensacion al peligro que corren en su aislamiento y que el amor á la libertad domine en ellas el furor de los celos.

El *New-York Herald* anunció la representacion del *Postillon de Lyon* en estos términos. «La víctima será sacrificada en el teatro mismo á vista del público! Un asesinato, una diligencia francesa y una guillotina! Hé aquí mas que suficiente para atraer á un número de espectadores».

Mañana tiene lugar el concierto del afamado maestro compositor y profesor J. Panizza.

Desde el próximo número, el *Mosquito* publicará, como todos los años, una revista teatral en forma de folletin.

TEATROS

COLON

Gran soirée musical. El Sábado 20 se pondrá en escena la aplaudida ópera EDUCANDE DI SORRENTO del maestro Usiglio, bajo la direccion del maestro Partufferi y cantada por niños argentinos de ambos sexos de 8 á 15 años de edad, discípulos del mismo maestro, á fin de amenizar la funcion la niña Judith Hugo de 7 años de edad declamará en los entreactos el Himno Nacional Argentino y La Madre Veneziana. Los precios de las localides son los siguientes: Palcos, 200 $; id. cazuela, 100; tertulias balcon, 50; id. altas y orquesta, 30; lunetas de platea, 20; id. cazuela, 10; entrada de cazuela, 10; entrada general, 20. A las ocho en punto.

GRAN CONCIERTO VOCAL, SINFÓNICO-INSTRUMENTAL

El Domingo 21 de Abril 1878

Dado por el maestro

JUAN GRACIOSO PANIZZA

Con el concurso de la señora Pedrotti de Ambrosi y los señores don Oscar Pfeiffer, maestro Avelino Aguirre, señor F. Ambrosi, maestro Bernasconi, id. Francisco Hargreaves, Enrique Bomon, F. Masvidal y Schmied, orquesta de 80 profesores bajo la direccion de los maestros don Avelino Aguirre, E. Rajneri y J. G. Panizza.—Precios de las localidades: Palcos de balcon, 300 $; id. bajos, 250; id. altos, 200; id. de cazuela, 140; tertulias de balcon, 50; id. altas, 40; id. de orquesta, 40; lunetas de platea, 25; id. de cazuela, 15; entrada general, 25; id. de cazuela, 15. A las 8 y ½.

NOTA.—La boleteria del teatro se abrirá el Sábado 20 para la venta de las localidades.

OPERA

COMPAÑIA DE ZARZUELA

Direccion del primer tenor señor LA COSTA

¡¡¡¡Al público!!!!

Formada y constituida una compañia del espresado género para funcionar en el citado teatro, queda abierta desde la presente fecha, un abono de 15 representaciones á los precios que en el lugar respectivo de este anuncio se establecen, incluyendo en estas las fiestas mayas. — Debut de la compañia en la presente temporada. — Primera funcion de las 15 del primer abono, para el sábado 20 de Abril de 1878.—Catalina de Rusia ó La Estrella del Norte. — Segunda funcion. — Domingo de Pascua: Las hijas de Eva. — Precios por funcion: Palcos bajos y balcon, 200 $; id. altos, 150; id. cazuela, 100; tertulias balcon, 40; id. altas y orquesta, 30; lunetas platea, 20; id. cazuela, 15; entrada general, 20; id. de cazuela, 10.—NOTA. — El abono de las 15 representaciones obtendrán la rebaja del 20 %, incluso las fiestas mayas, y queda abierto en la Secretaría del Teatro desde la presente fecha, de 12 á 5 de la tarde.

CIRCO ARENA

Gran Compañía Cottrelly

NUEVA EMPRESA

Hoy Sábado 20 de Abril de 1878. — VICTORIA, NELSON, ONDINA y HOMBRE-PEZ. — Magníficos ejercicios por toda la compañia, concluyendo con la espléndida pantomima Cendrillon.

Mañana Domingo dos lindísimas funciones.

AVISOS

EL ARTISTA

PERIÓDICO TEATRAL Y ARTÍSTICO.

Cada número publica un retrato de artista ó literato.

DIRECTOR: L. CHOQUET

PUNTOS DE SUSCRICION

Administracion del «Courrier de la Plata»

202, San Martin, 202

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE MÚSICA

Imp. del COURRIER DE LA PLATA, *San Martin, 202.*